

Homilía - décimo noveno domingo del Año C

“No temas, rebañito mío porque tu Padre ha tenido a bien darte el Reino”. Queridísimos hermanos en Cristo: estas palabras hacen un llamado a la fe, esperanza y confianza en Dios. Ellas traen a nuestra memoria las palabras proclamadas por el Santo Padre de feliz memoria, Juan Pablo II, al principio de su pontificado: “¡No teman! ... No tengan miedo de abrir las puertas de sus corazones a Cristo”. Esto llama a una fe profunda y a una gran confianza en el poder de Dios para liberar y salvar.

Nunca olvidaré la experiencia que tuve en un poblado de Otulu, en Nigeria, durante una misión evangelizadora. Estábamos visitando varias casas y entramos una donde encontramos a una mujer que estaba sufriendo por la muerte de su único hijo. Después de expresarle nuestra condolencia (nuestro pésame) y las oraciones, tratamos de convencerla de rendir a la voluntad de Dios, usando una oración popular de autoconsagración que fue solicitada repetir cada vez: “Jesús, te amo [ella repitió]; todo lo que tengo es tuyo [ella repitió]; Tuya soy y tuya quiero ser [ella repitió]; haz conmigo lo que te plazca [ella se quedó muda y no repitió]”. La motivamos para que repitiera pero sin lograrlo. Cuando insistimos un poco más, ella nos miró fijamente a los ojos y protestó: “¿Y si El (Dios) me mata a mi también?” ¡Qué pobre entendimiento! ¡Qué confianza tan pobre de Dios!

En la primera lectura (Sab 18:6-9), vemos la fe en acción. Vemos que “La noche de la liberación pascual fue anunciada con anterioridad a nuestros padres, para que se confortaran al reconocer la firmeza de las promesas en que habían creído”. ¿Qué significa eso? Significa que Dios les ordenó celebrar la Pascua, la fiesta de su liberación de la dominación egipcia, aún antes de que tuviera lugar. Queridos hermanos y hermanas: Dios cuenta sus pollitos antes de que salgan del cascarón. Así la fe estaba actuando porque ellos celebraban su libertad antes de que sucediera. Es por eso que el Autor de la Carta a los Hebreos, de la experiencia del pueblo de Israel articuló la definición de fe en la Segunda Lectura de hoy (Hebr 11:1-2, 8-19) como “la forma de poseer, ya desde ahora, lo que se espera y de conocer las realidades que no se ven.”

Esa misma noche, después de la Pascua, el pueblo de Israel marchó hacia la libertad. La pregunta es, pues, “¿Cómo tuvieron ellos la seguridad de que, después de la última plaga, el Faraón cedería a la presión divina y dejarlos salir?” Recuerden que ya habían pasado muchas plagas: el ataque de las moscas, el ataque de los saltamontes, el ataque de las ranas, las aguas del Nilo se tornan rojas y todas las demás. Durante todas ellas el corazón del Faraón permaneció endurecido. ¿Cómo creyeron ellos que esta plaga final sería el momento de momentos? La fe jugó su papel. Nuestros antepasados pusieron su fe en Dios y no fueron decepcionados.

Como podemos ver, por tanto, la fe no es vacía o en vano. Es una jornada con Dios; no caminamos solos; caminamos con Dios. Uno de nuestros himnos católicos relata esta jornada con estas palabras: “No temen, siempre caminaré delante de ustedes, vengan y síganme; y yo les daré descanso. Abrahán, Moisés y todos aquellos que se encontraron con el favor de Dios tuvieron su experiencia con Dios y lograron su victoria y paz. Así, la fe, fundada en Dios, es real y justificable a través de los eventos reales en nuestra relación con Dios. Por lo que, el catecismo dice: “No creemos en fórmulas pero sí en las realidades que ellas expresan, que la fe nos permite tocar” (CCC 170).

Aplicada a la Eucaristía, la nueva Pascua, la Iglesia enseña que “la Eucaristía es el saborear anticipado de la gloria eterna que nos aguarda”. Vemos aquí la importancia del sacrificio de la Santa Misa en nuestra jornada de fe. Ella nos ayuda a valorar nuestra fe católica y sentirnos orgullosos de ella. A través de la Eucaristía, celebramos nuestra libertad por adelantado; la libertad del pecado y del demonio y nuestra bendición final en el cielo. Aún cuando no parece real para muchas personas que no entienden el significado de la Misa, la Misa es la celebración de la nueva Pascua de nuestra futura libertad final.

Queridos hermanos y hermanas: el punto del evangelio es que nuestra esperanza en esa futura gloria debe ser llevada a la realidad a través de un servicio adecuado aquí y ahora. La Pascua y la Misa son celebraciones de sacrificio; no hay “salvación manta” ni “salvación ciega”. Los Israelitas hicieron enormes sacrificios antes de entrar a la Tierra Prometida. Cristo hizo un sacrificio inestimable antes de entrar en su gloria. Estamos llamados a hacer sacrificios. Con esta finalidad, Dios nos compromete a ser fieles y prudentes servidores de las bendiciones de Dios. Lo que tienes no es de tu exclusiva propiedad. El maestro le pone en carga de sus sirvientes “con el encargo de repartirles a su tiempo los alimentos.”

En resumen, esto significa que el compartir es obligatorio: “Al que mucho se le da, se le exigirá mucho, y al que mucho se le confía, se le exigirá mucho más”. Pero si uno se convierte en una persona centrada en sí misma y trata los dones de tiempo, talento y tesoro exclusivamente para uso personal, y empieza a ignorar las necesidades de la Iglesia, el pobre y el que sufre, mirando a los otros con orgullo; ‘y empieza... a comer, a beber y a embriagarse, el día menos pensado y a la hora más inesperada, llegará su amo [Jesucristo] y lo castigará severamente y le hará correr la misma suerte que a los hombres desleales [en Infierno].” Finalmente, ¡no temen en confiar en Dios! ¡No tengan miedo de compartir! Sobre todo, celebren la Misa con la fe de que su redención eterna está asegurada.